

RUBÉN⁽¹⁾

CUENTO

A mi madre, con eterno amor y gratitud infinita.

De cristal azul, circunferencial y desmayado, son los ojos de Rubén. Nueve junios descansan sobre sus cabellos de de sol, y nueve junios viene peinándose los, como a las espigas, el aire de la sierra.

Rubén es callado y solitario.

En los meses de verano no busca, como hacen sus compañeros de colegio: huevos de codornices o de tórtolas, ni suele acompañarlos para cazar culebras o lagartos.

Cuando llega el invierno, tampoco juega al clavo. En invierno, le gusta entrar en la biblioteca de su padre y mirar entusiasmado los increíbles dibujos que aparecen en los libros. Le asombran los guerreros griegos y caballeros del Temple. Por ellos siente una admiración sin límite.

Antes de recogerse a descansar, su padre lo encuentra absorto junto a la ventana. Porque tras la lluvia torrencial, penetrando la noche, los ojos de Rubén se hallan contemplando a otro Rubén, que dispuesto para el combate, cabalga junto al invencido Aquiles o, solicita en una noche tormentosa, el derecho de hospedaje al noble señor de un castillo fronterizo, para continuar mañana su búsqueda del Santo Grial.

Sin embargo, aún soñando con tales aventuras que le hacen dichoso y diferente, a Rubén no le brota, como a los demás muchachos de su edad, esa risa característica y fácil. A veces, muy pocas.

(1) Primer premio de esta modalidad, obtenido en el I Certamen Literario, convocado por el Instituto de Enseñanza Media «El Brocense», de Cáceres.

sonríe. Como ocurrió hace apenas dos semanas, cuando cayó en el abrevadero Rufo, el pregonero.

Y todo esto, porque a Rubén le ha venido preocupando, desde hace algún tiempo, no tener madre. Sabe, eso sí, que la tuvo. Pero él nunca llegó a conocerla. Ni siquiera ahora, sabe su nombre.

Su padre, el farmacéutico del pueblo, le dijo que ella había marchado, hacía mucho, mucho tiempo.

Un domingo, camino de la iglesia, le preguntó:

—¿Dónde está madre?

—No lo sé, hijo.

—¿Pero no vendrá nunca...?

—No, hijo, no vendrá.

—¿Y por qué no vendrá...?

—Porque se fue a buscar estrellas negras.

—¿Estrellas negras...?

—Sí, hijo, estrellas negras.

Quiso preguntarle si era posible que existieran estrellas negras, porque él jamás las vio cabalgar la sierra nevada o la rubiosa era del pueblo. Todas las que conocía eran blancas, muy blancas y brillantes, como su gata «Rabona». Pero ello no fue posible, porque, finalizado su proyecto ante la puerta de la iglesia, don Silverio, el sacerdote, daba los buenos días a su padre y el suave cachete que siempre tenía reservado para él. Y como todos los domingos, sacerdote y farmacéutico, comenzaron a conversar de sus asuntos, durante los diez largos minutos acostumbrados, antes de comenzar la misa.

Rubén sabía que su padre escribía en la gacetilla del pueblo, algo que las personas mayores y más importantes, llamaban poemas y otras palabras que no recordaba.

Podía ser que aquello de estrellas negras fuera una, de las variadas formas, que su padre utilizase para escribir en la gacetilla, y que él, no alcanzaba a entender.

Pensando un poco, se dijo, ésta no resultaba tan difícil. Su madre tuvo que marcharse a buscar estrellas negras al no hallarlas en el pueblo. Porque, ¿acaso había visto él alguna estrella negra?

Rubén se sintió un muchacho nuevo y orgulloso: ¡Ya comprendía las cosas que escribía y decía su padre!

También estaba enterado que a su progenitor lo apreciaba todo el pueblo. Bueno, todo no, porque el señor Simón, el del estanco, no lo estimaba. Jamás supo por qué. Tampoco a él le agradaba el estanquero. Además no debía ser bueno. Nunca lo vio ir a misa. Ni

siquiera cuando se celebraba la fiesta del pueblo y sacaban a la Virgen por las calles.

La Virgen del Milagro era muy bella, mucho más que la hija del médico, de la que tanto hablaban. Por su padre subía que la Virgen era la Madre de todos, por ser Madre de Dios. Pero en cuanto la contempló por vez primera, deseó, más que nadie quizás, que ella fuera su madre y estuviera en su casa, y se moviera y le besara... Pero su padre volvió a decirle que, como Madre de todos, no podía pertenecer tan sólo a uno. Le aseguró también que cuando fuese mayor comprendería por qué la Virgen siendo Madre, resultaba diferente a las demás. El apenas entendió nada, ganándole la mano la tristeza.

Aquel día Rubén tuvo fiebre y enfermó.

Cuando subió su padre a visitarlo, le contó por qué creía estar enfermo. El necesitaba tener madre. No era mucho pedir. Su padre le miró largamente con su triste y eterna sonrisa, para hablarle después, durante horas, de otros grandes guerreros de los que nunca oyó hablar, como un señor muy temerario, llamado Don Quijote de la Mancha. Al terminar de escuchar, concluidos los relatos, creyó que iba a morir, porque su padre tenía lágrimas bajo los ojos. Luego se tranquilizó al escuchar al médico decir que lo suyo carecía de importancia: todo consecuencia del crecimiento y de la edad.

Aquella noche, sobre el lecho, Rubén miró el cristal de su ventana. Estaba cuajado de estrellas blancas, igual que siempre. Por eso ahora, también lloraba. Se levantó y juntó sus lágrimas al cristal, que resbalaron despacio, serenamente. Al cabo, pasó las manos por sus ojos y los limpió. Después, con el pañuelo extraído debajo de la almohada, frotó el cristal y se quedó quieto, mirando...

Esa noche tenía que encontrar estrellas negras, aunque fuese una, sólo una. Así, mañana, gozosamente, podría anunciar a su padre que se diera prisa en traer a su lejana madre, porque ya no hacía ninguna falta que siguiera buscando estrellas negras. ¡El había encontrado una para ella!...

Gabino IGLESIAS FLORES



GRIS

Gaviotas sobre el agua,
gris marea,
puestos los ojos fijos
en la niebla.

Mañanas de dulce ensueño,
gris el color de la tierra
al irse muriendo el sol
grises se tornan las piedras.

Pavimentos de las calles
grises están tus aceras
con las lluvias del otoño;
gris se ha vuelto la tormenta.

Mientras el invierno duerme
y el aire triste se acuesta,
grises se quedan las nubes,
gris el polvo, gris la arena.

María ROSA VICENTE